FF 50 201

Hola, buenas noches y bienvenidos a Revista de Filosofía, que, como sabéis, es un programa de la sección de Filosofía de la UNED, que coordinan Francisco Martínez y Antonio Santes Mases. En Revista de Filosofía vamos a continuar tratando, por segunda semana consecutiva, la cuestión religiosa, a partir del libro de Gonzalo Puente Ojea, Fe cristiana, Iglesia, Poder, que comentábamos ya en el programa anterior. Puente Ojea, por si alguno todavía no lo sabéis, es diplomático, ha sido, entre otras cosas, embajador en la Santa Sede y es autor de libros tan conocidos dentro de filosofía de la religión como Ideología e Historia, Formación del cristianismo como fenómeno ideológico, o de algún otro libro, como el fenómeno estoico en la sociedad antigua.

Gonzalo Puente Ojea, que nos acompaña de nuevo hoy para continuar charlando sobre este último libro que acaba de publicar, Fe cristiana, Iglesia, Poder, va a tratar sobre categorías tales en este programa como desmitologización, racionalidad y fe religiosa. Vamos a comentar también problemas epistemológicos, sobre el punto adecuado para abordar el problema de la creencia. Esto, entre otras muchas cuestiones que, sin duda, irán surgiendo a lo largo de la conversación, que van a mantener ahora con Puente Ojea, Antonio García Santes Mases, coordinador del programa, y Carlos Gómez, profesor de Ética de la UNED.

Buenas noches, tenemos hoy con nosotros también a Gonzalo Puente Ojea, cuyo libro, Fe cristiana, Ideología, Poder, fue publicado recientemente por Siglo XXI de España Editores, que ha tenido, además, ya varios comentarios de prensa, entre otros el de Gustavo Bueno en el diario El País, un poder muy amplio, y que nosotros tenemos la suerte de tener hoy aquí al autor, cuando el libro acaba de salir hace solamente un mes, dos meses, lo cual muestra una gran disposición, por su parte, para el debate con una revista de filosofía modesta como es esta. Y, en ese sentido, entre los muchos temas que hay en el libro, el otro día planteábamos esa tensión entre la mesianidad de Jesús y el tránsito, el salto a la Constitución de la Iglesia como aparato de poder, como aparato que tiene otra serie de rasgos, parece que hay un tema que es un tema que, de alguna forma, marca el sentido del libro de Puente Ojea, y es un momento en que él, al comienzo del libro, en el prólogo, dice que más que un proceso de desmitologización de los elementos cristianos o de los elementos religiosos, como el que, de alguna forma, intentó Bulman, donde se van depurando, se van quedando los elementos que se consideran incompatibles con la racionalidad contemporánea, pero queda, al menos, un núcleo creíble, lo que se necesita, dice Puente Ojea, es un proceso de desmitificación. Entonces, ahí me parece que hay un tema de hondo calaude en el punto de vista de la filosofía en general, de la filosofía de la religión, y sería la primera pregunta que yo le haría, sería por qué tú, en un momento determinado, insistes en la idea de que la fe cristiana, si se quiere desarrollar desde la recta conciencia, implica asumir la dogmática de la Iglesia, y no cabría, o si cabe, tú más bien piensas que puede ser una actitud degradante la de una fe a media, es decir, una fe que va depurando, discerniendo, reduciendo los elementos, hasta dejar, por ejemplo, reducido quizá a dos, la esperanza en la existencia de un Dios o la esperanza en la

inmortalidad.

Es decir, por qué eso sería una actitud degradante, y no sería, sin embargo, una actitud más racional que la de pensar que uno tiene que aceptar todo el depósito dogmático o no aceptar nada, digamos. Claro, es muy razonable lo que me preguntas. La distinción fundamental entre desmitologización y desmitificación de la fe, podríamos expresarla así.

Hay una frase, pues esa, percutiente, como la de Luasí, en Rudolf Buhlmann, en uno de los ensayos de Nuevo Testamento y mitología, que dice, el pensamiento del Nuevo Testamento, literalmente, está dominado por el mito. A partir de ahí, es lo que intentas mediante instrumentos analíticos de filosofía existencial, el contraer el mensaje de Jesús, eliminando toda la superestructura mítica que nutre el Nuevo Testamento, y por lo tanto la embarga la mente de Jesús, como judío de su tiempo, eliminarlo y decirlo, Jesús nos enseñó lo fundamental, que es su referencia al Padre. Es decir, la fe nuestra en Jesús, es la fe de Jesús en el Padre.

Nuestra fe está mediatizada, en cuanto fe en el Padre, en la fe de Jesús en el Padre. Y entonces Jesús nos enseñó la única cosa importante para un cristiano, que hay que estar de un lado o de otro. Es decir, nos ha planteado la pregunta sobre Dios.

¿Estás con Dios o estás contra Dios? Y todo esto después lo interpreta, como sabemos, en Isaac Glauwe y Fung Zetz-Stehen, que recoge, son dos volúmenes de unas 400 páginas, todos los ensayos de Bulman, y luego obras algunas sueltas, que también como historia de existencia, etcétera. Todo Bulman, toda su labor exigética, está siempre encuadrada en ese marco de referir la experiencia de Jesús como experiencia cualificadísima, en términos divinos, a la pregunta sobre Dios. Y entonces construye una, diríamos, una fe cristiana, en donde la dogmática prácticamente desaparece, y que es el camino por el que, aparte de la postura de la teología dialéctica de Barth, de Brunner y compañía, que sigue por otros métodos, y que yo creo que ha ido perdiendo peso en el debate teológico cristiano, realmente Bulman es la gran avenida por la que después se lanza todo el mundo, cada uno con su petacito y su equipito, con lo cual uno quiere decirse que son compañeros de viaje, pero no contiguos, cada uno después hace sus cosas.

Pero el que diga cualquier teólogo cristiano, de esos que quiere ponerse un poco a bien con la racionalidad y eliminar los contextos en que la Iglesia está todavía sumergida de dogmatismo mítico, apoyado en categorías que hoy día ya no tienen vigencia, porque históricamente han quedado arruinadas, con la desmetologización, con la desescatologización, etc. Todos los creyentes que quieren reducir a ese mínimo racional en que todavía el hombre del siglo XX puede decirse que es una referencia experiencial hacia un Dios que me convoca a través, quizá, del testimonio de Cristo, a mí me parece, en términos espirituales, que todo es justificable, también el que se emborracha tendrá sus motivos. Ahora, yo creo que eso exige dos cosas.

Primero decir, yo la dogmática de la Iglesia no me la creo, y me voy de eso. Si tú no haces este acto, que es un acto no de arrogancia ni de chulería, es un acto moral indispensable para el que haya llegado a esa situación anímica, es decir, señores, cuentas claras ante los demás, yo estoy

en esto y no lo otro. Si no se hace eso, entonces está, sencillamente, en la marginalidad, como digo yo ahí, y si está en una situación tanto religiosa como espiritual, a mi juicio, falsa, llena de trampa, ¿por qué no? Porque la Iglesia no ha drogado nada, el denzinger sigue estando ahí para el que quiera consultarlo, etc.

La manera en que estás en la Iglesia y entonces tienes que asumir ese legado es como si estás en un partido político, y la esencia, ya no digo las políticas de cada programa, pero sí la tradición, dicen, no, esto es un camelo chino, y yo, bueno, pues ese tío, sencillamente, es un traidor impectore y probablemente un desleal en la realidad. A mí me parece que un cristiano auténtico tiene que decir, yo del cristianismo recojo esto. En Cristo se manifestó lo divino, de alguna manera, y para mí este personaje, aunque es hombre, está por encima de todo porque es el reflejo, el espejo de una experiencia divina, y me convoca Dios a través de él, yo estoy convocado por Dios, y tal y cual.

Ahora, eso no es la Iglesia católica, eso no es el cristianismo, eso no es la doctrina que te hace ser súbdito, fiel, leal, a una tradición histórica que es el cristianismo. Eso es mi posición, y respeto lo de los demás. Vamos a ver, que a nosotros, quizá, lo que nos podría interesar comentar más sería precisamente eso.

Aunque eso no sea la Iglesia católica, pero eso que queda, ese núcleo creíble, ahí se plantearía entonces el problema de qué nivel de racionalidad tiene, porque, claro, yo lo digo en el sentido, por ejemplo, de que tú decías eso y estaba yo pensando ayer, leyendo tu libro, a Bertrand Russell, cuando decía por qué no soy cristiano, pues Bertrand Russell, en un momento determinado, le comenta, dice, bueno, hagamos una definición de cristianismo, dice, al menos, tiene que haber la esperanza, la inmortalidad y la existencia de un Dios, quitémoslo otro, dice él. Entonces, imaginemos este tipo de gente que se pudiera situar en ese nivel de interpretación a lo Russell, y no es que Russell fuera creyente, Russell lo criticaba, pero decía, pero reduzcamos todo eso, ese núcleo creíble, entonces, claro, ahí se plantea en tu libro, creo yo, aunque no sea el tema que tú dedicas más, una tensión entre esos mitos y lo que tú entiendes por racionalidad, por lógica, por ejemplo, hay momentos en que dices, al hablar de la fantasía o de la imaginación, que es un nivel epistemológicamente inferior y menos fidedigno de la mente humana, es decir, al hablar de verdad, en un momento determinado planteas el problema de que la verdad a partir de certezas empíricas, entonces, quizás esto exigiría, invitamos a Gonzalo Pintojía, modestamente, a otro libro más amplio donde se especificaran mejor las categorías más propiamente filosóficas de verdad, ciencia, razón, empipia, mito, imaginación, porque, claro, todo esto plantea un problema que yo creo que tú ves con gran agudeza, dices, incluso el Papa actual, Carlos Boitila, ha llegado un momento a pensar que el enemigo ya no es el interno, el hereje, sino son los indios, y él hace un cierto esfuerzo de acercarse a los judíos, de acercarse al Islam y de plantear que todos, al menos, coincidimos en la idea de la existencia de un dios, entonces, ahí se plantea un debate para la racionalidad. Y, aunque me extiendo mucho ya, eso plantea, por ejemplo, que la forma como tú contestas, dices, es que esto nace de algo que está en el origen de la propia religión, que es el miedo a la muerte que tienen los seres humanos, entonces, tú ahí planteas el coraje en la existencia y

hace que el ser humano tiene que aceptar ese tipo de finitud, etcétera.

Pero, bueno, eso plantea un problema, quizás, que ya no es sólo cristológico, histórico, sino que es propiamente filosófico. ¿Por qué sería más racional, digamos, de una forma esquemática, la actitud tuya de ese coraje de la existencia que sabe aceptar mirar de cara a la muerte que la actitud del que tuviera una esperanza más allá de la vida terrena? ¿Por qué sería más racional? Es decir, ¿desde qué idea de razón? Bueno, evidentemente, claro, ese es el núcleo de un debate filosófico ingente para el que yo estoy escasísimamente preparado y que nadie va a resolver tampoco, porque está así de resolver. Yo creo que toda especulación racional que se remita a datos que llamaríamos trascendentes, no en el sentido de la escuela viena, de una verificación de tipo fiscalista, pero sí, por lo menos, de una contrastación, en términos más blandos, diríamos, por entendernos poperianos, todo lo que se traslada a unas experiencias en donde realmente no hay nada definible en cuanto al objeto de experiencia.

Por otro lado, trasciende radicalmente a la capacidad de refutación o a la capacidad de una cierta mínima verificación, aunque sea en términos de sentido común. Y entonces, busca en esa remisión a un segundo estrato del mundo, de la realidad, en donde están esos elementos o esas entidades de tipo sobre-racional, que generalmente, como diría Jacques Monod, son entidades que nosotros hemos proyectado en forma animista. Es decir, ahí hay algo que es un alter ego, en el sentido de que es un espíritu que me entiende.

Bueno, yo creo que eso es un apeticio principio y desde el punto de vista del razonamiento, evidente. Por otro lado, significa darle una rienda suelta al campo imaginativo de la mente humana, que no es precisamente la vía del conocimiento objetivo. Entonces, yo creo que hay unos postulados de austeridad científica, yo le llamaría así, de austeridad racional, que aconsejan que cuando el hombre contempla lo que le rodea, el conjunto de las cosas, o el cosmos, si se le quiere llamar, y su propia situación dentro de ese conjunto, sea sumamente austero y parta siempre en el razonamiento, aunque Descartes decía que partía, ¿verdad?, el famoso Descartes, que partía solo del razonamiento interno de su introspección, y resulta que para demostrar el ego cogito ergo sum, tenía que reventirse al diablo bueno, al dios bueno, y eliminar el espíritu malo total, que metía ya la prueba de la existencia de Dios por la vida en el argumento ontológico, y todo el tinglao venía a reposar no en el cogito ergo sum, sino que existía un dios que no me engañaba.

Bueno, eso es lo que no se puede hacer, en términos de racionalidad. La racionalidad tiene que ir vestida con su propio traje, que es los huesos y la piel. Si se pone otro equipo para andar por el mar, o para evitar las tormentas, y tal y cual, y ese equipo es un equipo fantasmagórico que remita experiencias sobrenaturales, yo haga ahí una crítica, no sé si acertada o no, yo creo en ella, y quizá poco desarrollada, eso sí, sobre la experiencia mística como una forma realmente falsaria de explicar lo que sucede en la introspección y en la mente humana, hablar de una inmediatez, ¿pero inmediatez de qué?, de lo inefable, pero si es inefable, usted es que no ha tenido experiencia ninguna, es decir, en ese sentido, quizá no en los primeros homo sapiens o en los homínidos, pero cuando se constituye el hombre de Cro-Magnon en serio y empieza a

desplegar su capacidad simbólica y tal, no cabe duda que toda experiencia cognitiva está ligada a categorías, y esta es una forma de lenguaje implícito, de manera que esa inmediatez antes del lenguaje, antes de, y que no se puede transmitir, es un camelo chino.

Yo lo que quiero decir con esto es que creo, que sin intentar definir la razón, porque sería ridículo, pero si realmente existen en el hombre unos mecanismos de observación, de lógica, de conclusión, basados en unos principios mínimos elementales, que nos permiten hasta cierto punto establecer algunas conclusiones claras, que son las que nos permiten vivir en términos de buen sentido, de vida cotidiana, que nos permiten asomarnos al mundo de la ciencia, etc. Todo eso creo que es el equipo con el que se debe abordar el problema de la, entre comillas, más allá, de lo que yo llamo falsa trascendencia, etc. Y, desgraciadamente, hoy día, en todo caso, vivimos en un momento justamente inverso, en el momento de la milagrería, en el momento de la imaginación desbocada, en el momento de las religiones, en donde se dan la mano, como dijo muy bien Antonio hace un momento, se dan la mano porque hay un largo recorrido común que hacer.

De vez en cuando el Papa, después de ese largo recorrido en que se abrazan, les mete unos espuelazos a los de al lado tremendos, pero no porque hay que defender claro la marca, pero sabemos muy bien por dónde va. Yo creo que el hombre de finales del siglo XX tiene que volver modestamente, no a un neopositivismo estrecho, ni a un fisicalismo al estilo de la escuela de Viena, en que realmente todo especular metafísico le parecía una chacha inmunda e infecta. No, desgraciadamente, los temas se presentarán así y siempre habrá alguna forma de pensar metafísico.

Vamos a dejar a Carlos Gómez para que amplíe el juego del equipo. Ha quedado claro el equipo y el equipaje. Vamos a darle la palabra a Carlos.

Bueno, a mí me gustaría enlazar con algunos de los problemas que estáis tratando, sobre todo últimamente, y que son muy complejos. Únicamente apuntar algunas cuestiones que aquí han salido sobre el mito, sobre la verificabilidad, y luego lo enlazas con algunas cosas que comentas a propósito de Kant. Yo, partiendo de la idea de que hay muchos cristianismos, y yo no me sentiría coaccionado a que o tomo el equipo del bagaje de la Iglesia católica entera o lo tengo que dejar.

Me parece que esa es una dicotomía que plantea la propia Iglesia, la propia Iglesia jerárquica, pero por la que yo no me siento ahí interpelado. Es decir, hay muchos tipos de cristianismos, pero dejando esa cuestión más eclesial o eclesiástica aparte, respecto a lo del mito, claro, tú dices que la desmitologización de Bultman, que indudablemente ha sido la amplia avenida por donde después han ido los teólogos, pero a mí me parece que la interpretación de los mitos en el siglo XX ha tenido muchas sendas, y entonces que no se trata simplemente de desmitologizar, sino que me parece inexcusable la tarea de remitologizar, y eso está incluso en los autores más carasamente cientificistas, y por apelar a uno al que tú haces referencia, indudablemente a Freud. En Freud, claro, algunos dirían, este es el Freud que no me gusta,

pero ahí están los textos.

El Freud positivista del porvenir de una ilusión acaba con la apelación a Logos, como todos sabemos, a esa luz precaria de la razón que va avanzando y que nos quitará los sueños y los delirios religiosos, pero el Freud romántico que se manifiesta en el malestar en la cultura, tres años después, curiosamente, acaba no con la apelación al dios Logos, sino que acaba con una apelación mítica, como es Zeros, justo en los párrafos finales del malestar en la cultura, es la lucha entre esos dos titanes, Eros y Zanates, y Freud sabe que la doctrina de sus instintos es nuestra mitología, dice. Es decir, yo creo que, efectivamente, planteados los problemas de los límites del mundo, cualquier teoría acaba remitologizando, y en la mitología, por ejemplo, en Freud es evidente, y en muchos otros autores se podría ver, en la mitología, un autor como Ricker, que indudablemente me parece que es un autor de peso en la interpretación y en la hermenéutica de los mitos, pues cabría una hermenéutica de la sospecha, como él dice, reductora de, en fin, de los pasajes psicológicos que nosotros ha habido, de los condicionamientos sociales, pero quizá también una hermenéutica de la escucha, en donde la humanidad intentaría instaurar su propia humanidad, precisamente a través de auroras de sentido que en el mito se dan. Ahora bien, y es a donde quería ir.

Si esto se plantea desde una cuestión como la de la verificabilidad, tú aludes a Popper, en la página 209 de tu libro, dices que, claro, que todo puede decirse porque respecto a Dios nada es verificable. Bueno, con una metodología empirista eso es indudable, es decir, las categorías religiosas no pueden verificarse y todo puede decirse. Popper diría que no pueden apelar a ningún hecho del mundo, pero eso se puede volver en contra, exactamente, también, porque al no creyente se le puede decir ¿pero usted admitiría algún hecho por el que su no creencia fuera refutada? Y el no creyente diría que fuera el hecho el que fuera, tampoco admitiría la posibilidad de variar su creencia.

Esto Hanson lo tiene muy bien. Dice, aunque se me apareciera Dios abierto entre las nubes, como el Dios en majestad del Renacimiento, y me dijera, mire usted, Mr. Hanson, yo ciertamente existo, a pesar de todo no lo creería porque yo lo podría interpretar en categorías de alucinación. Eso lo que quiere decir es que el problema religioso no se puede plantear solo desde una metodología empirista, porque está más allá de esa posibilidad.

Y, precisamente, creo que la gran aportación de Kant, y con esto querría terminar para señalar algunos problemas, aunque tú dices que si esto le sucedió al filósofo de Kennisbert, es que me ha hecho gracia, en la página 226 y 27, dice, si esto le sucedió al filósofo de Kennisbert, ¿qué no podrá ocurrirle a los ciudadanos de pie? Y lo que le ocurrió al pobre Kant es que cayó esa inmemorial ilusión de Dios. Yo diría, Kant no cayó en una ilusión como un accidente, es decir, al Sein trascendental, el que el pensamiento de lo incondicionado es necesariamente una ilusión, es decir, que no es un error, una contingencia histórica, es la gran aportación de Kant, lo cual no quiere decir que Dios sea una simple ilusión ni que el pensamiento de lo incondicionado sea necesariamente ilusorio, quiere decir que no tenemos referentes empíricos a los que aplicar esas ideas, y por lo tanto, que ese Sein trascendental es necesariamente una problemática de

ilusión, sobre la que luego operan ya ilusiones secundarias como la de Marfro y Sinitsi. Yo creo que ahí Kant no cae por ingenuidad, sino que tematiza la necesidad de que lo incondicionado sea una ilusión, y claro, nos abre a otras metodologías para abordar lo de Dios.

Pero te quería plantear problemas en torno a la razón para ver cómo podría responder. Has planteado muchos y todos importantes, ¿no? Vamos a ver si pudiera contestarte telegráficamente. Hay muchos tipos de cristianismo y uno puede estar en uno de ellos.

Bien, entonces, el que no esté en el cristianismo, definido dogmáticamente, y además instrumentado en una práctica sacramental muy precisa, es decir, el que no esté en eso puede ser cristiano de otra manera, pero debe demostrarlo claramente. Es decir, si tú crees que la Iglesia mediatiza la esencia de la tradición cristiana o de ese Cristo al que se remite, o a ese Jesús, si tú crees que la Iglesia realmente es transmisora y es transmisora fiable, tú estás incardinado en la Iglesia. Luego lucharás por que la Iglesia aplique mejor o peor.

Ahora, si no estás en eso, si te limitas a decir al estilo bulmaniano, Dios me pregunta y yo tengo que optar en una decisión existencial definitiva, y contestar a esa pregunta, Dios me ve, Dios es mi esperanza, etcétera, etcétera, es catología a su modo, entonces, eso sí, efectivamente, hay muchos cristianos que, sin saberlo, son bulmanquianos, como el personaje de Molière. Ahora, yo a esos no les llamaría cristianos. Yo les llamaría, pues, tributarios de una tradición histórica que culturalmente llegó a tener gran densidad, que no hay duda que se plasmó en una serie de instituciones, algunas de ellas benéficas y tal, pero, ojo, si jugamos al polisemismo de la palabra cristiano, bueno, pues es una escapatoria.

Entonces, si uno no es capaz de romper cadenas y quiere estar en una fe confortante y tampoco distanciarse de la Iglesia, unas veces por intereses personales, otras veces porque la ruptura es dolorosa, etcétera, pero, realmente, yo creo que la Iglesia ha acotado el terreno tan claramente que es muy fácil saber si se está dentro o se está fuera. Casi todo el mundo está con un pie dentro y con un pie fuera. Yo eso, moralmente, lo considero mediocre y deleznable.

Segundo punto, mito. Me temo que nos queda un minuto, y, entonces, no sé si puede extender el margo de la Fuente O'Hara. Yo querría hablarte, pasando por encima de Freud.

Cuando Freud habla de eros y tanatos, está haciendo, sencillamente, análisis científico, y está utilizando categorías que él no pretende que sean mitos, sino que intenta, a través de esas categorías, explicar en un lenguaje figurado cuál es el debate en el subconsciente del ser humano y esas tendencias que biológicamente están inscritas. De manera que utilizar, según Freud, el concepto de eros y tanatos, la modificación, en fin, de la estructura de la psique, en el último periodo, como consecuencia de esto. Él habla del mal, de lo demoníaco... Hombre, pero Freud no es un remitologizador, es un racionalista, un positivista de tomo y lomo, lo que pasa es que hay que saber leer.

Hombre... Perdóname, pero utilizar este argumento... Lecturas de Freud hay muchas. Él, en los iniestros... Una de Eva de Rutger, que hay que ver qué lectura. Y la Lacaniana, y la de Poirier,

hay muchas lecturas, pero en los iniestros, en muchos textos, él se ve obligado, y ahora lo dice, a hablar de lo demoníaco, del mal.

Pero a él no le repugna. A él no le repugna. Tiene que tener un eje mitológico, porque el mundo de los sueños es pura mitología.

Más allá de las desmitificaciones... Por ejemplo, más citado a Ernicka, ¿no? No tenemos, Gonzalo. Más allá de las desmitificaciones y la remitologización, no tenemos más remedio que agradecer a Gonzalo... La pregunta también fue larga, no fue culpa mía. Tenemos que agradecer a Gonzalo Puento Gea la magnífica intervención que ha tenido en estos dos programas de Revista de Filosofía y recomendar vivamente a nuestros oyentes el libro Fe Cristiana, Ideología, Iglesia, Poder.

¿Es la segunda vez? No, es Ideología, era la anterior. Fe Cristiana, Iglesia, Poder, publicado por Siglo XXI. Y bueno, muchas gracias.

A vosotros, muchas gracias. Aquí tenemos que despedir por hoy Revista de Filosofía, que ha tratado, como en la edición anterior, sobre religión, mito, razón y religión, a partir del libro Fe Cristiana, Iglesia, Poder, de Gonzalo Puente Gea, al que agradecemos su presencia en estos micrófonos durante estas dos últimas semanas. Por nuestra parte, nada más.

Ahora, como siempre, es el turno de Isabel Baeza y el curso de acceso. Feliz semana.